

EL BUEN DESEO,

SEMANARIO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO,
INSTRUCCION PUBLICA Y LITERATURA.

ESTE PERIÓDICO SALE LOS MIÉRCOLES
DE CADA SEMANA.

Precio de suscripcion.

En Guadalajara.. 4 reales al mes
En la provincia.. 4 $\frac{1}{2}$ franco de porte.
Fuera de ella... 5 Idem.

Sobre la comenzada carretera de Logroño á Madrid pasando por Soria.

(Conclusion.)

Pero no es de despreciar tampoco la ventaja del mejoramiento que deben experimentar las provincias por donde pase. El interior de España es muy escaso en maderas; la labranza, la industria y comercio necesitan oficinas, y estos ramos á veces no progresan, porque arredra de emprender obras la carestia de los medios de construccion. Hecho este camino, la serrania de Cameros y Soria proveerán de maderas al país llano, bien pronto en ambos se establecerán sierras de agua, y se fomentará una industria que no solo dé de comer á sus pobres habitantes, sino que dando un poco movimiento al interior, acrecen-

tará su riqueza, y á su paso la de las arcas del tesoro.

Bien nos hacemos cargo que la falta de fondos no habrá permitido hasta el dia al Gobierno, que atienda como quisiese á esta y otras obras de conocida utilidad; mas hoy que se halla autorizado por los cuerpos colegisladores para hacer un empréstito de doscientos millones, dedicados á tan beneficioso objeto, creemos que no hará esperar por más tiempo á los pueblos los bienes, que de mejorar sus comunicaciones deben resultarle. Si no ha hallado ventajosas las propuestas que hasta ahora se le han hecho, no dudamos de que pronto habrá una nueva subasta. Entonces las primeras obras que se emprendan, deben ser para concluir las carreteras empezadas, porque así lo exigen el orden y la racionalidad, y sobre todo el que no sean inútiles los sudores que han ya costado, y se pierdan los grandes caudales en ellas espendidos. Siendo una



de estas, esta carretera de Soria, probado que el Gobierno es el que debe costearla, y probada su incontrovertible utilidad; esperamos que sea una de las que se tengan presentes para emprender en ellas de nuevo los trabajos hasta su conclusion.

E. F. N.

DE LA AGRICULTURA MODERNA.

El mundo progresa, aunque á veces tropezando, y la agricultura participa de la suerte comun.

En los tiempos primitivos debieron comer mal los hombres, porque las frutas no cultivadas valen bien poco. El trabajo es inherente á la naturaleza humana, y una sabia economía nos ha impuesto esta ley, sin la cual no existiria la civilizacion.

En la edad media, cuando entre densa tiniebla de ignorancia apenas se conservaba un resto del fuego sagrado que habia de dar mas adelante nuevo ser y vigor á la sociedad, se pagaban los pechos en frutos. Y eran tan fuertes, que solamente las tierras mas pingües y fecundas podian sobrellevarlos: eran las unicas que se cultivaban, y la poblacion iba en Europa á menos.

Decaían tambien las rentas, cuando á fines del siglo 14 propuso un italiano llamado *Barbo* el cultivo en tres hojas, un año de siembra y dos de descanso, ó bien un tercio de terreno en siembra de otoño, otro tercio en siembra de primavera, y otro de barbecho. Pareció bien, y se extendió por todas partes ya por conviccion, ya por fuerza, pues se puso en

vigor una ley romana, que las tierras incultas las traspasaba á quien se hiciese cargo de labrarlas.

Pasaron tiempos hasta que los economistas vieron que con semejante sistema no podian aumentar los productos, las rentas, ni la poblacion. Y vieron tambien que las tierras se depauperaban, que no recibian abonos, y que la agricultura desfallecia. Uno de los primeros varones que conocieron que el mal necesitaba remedio, fué el Cardenal Jimenez de Cisneros, que encargó al insigne Gabriel Alonso de Herrera, que viajase, y escribiese de la ciencia agraria, como lo hizo, levantando un monumento glorioso á su memoria con prez y lustre de nuestra patria.

Pero la serie de los siglos ha traído nuevas ideas: las ciencias son eslabones de una gran cadena, y los progresos de una redundan en beneficio de las otras. Así el hombre se ha elevado á una altura desconocida, y tendiendo la vista por un horizonte inmenso, ha abierto nuevos caminos á todos los ramos de la industria.

Los dos principios fundamentales de la agricultura moderna, son á nuestro entender: 1.º que las tierras no necesitan descanso, y 2.º que el cultivo continuado de una misma planta es perjudicial.

La cal, la arena, y la arcilla, que solas ó combinadas forman casi el total de las tierras, son improductivas, sirviendo únicamente de receptáculo, esponja, ó molde á las plantas. Estas viven de las sustancias orgánicas mezcladas con las tierras, del agua, del aire, y luego del carbono que sacan del ácido carbónico esparcido en la atmósfera.

Sentado esto, ¿qué ganan las tierras con descansar? ¿qué sustancias orgánicas adquieren? ¿qué abono reci-

ben del aire? Las tierras no se cansan materialmente de sostener las plantas: cultivense bien, añádanseles sustancias orgánicas ó estiércoles oportunamente, y se verá que dan, no una sino dos cosechas al año, y nunca están cansadas. Nuestras célebres huertas siguen el cultivo continuo heredado de los moros, y los huertecillos de todos los pueblos grandes y chicos, se siembran constantemente, y no se resienten de ello.—Sustancias orgánicas, ningunas adquieren las tierras que descansan: si echan espontáneamente algunas yerbas, es por efecto de que allí había alimento para plantas útiles, que se desperdicia malamente. Aun si esas yerbas creciesen mucho y absorbiesen gran cantidad de carbono de la atmosfera, y luego se cortasen antes de semillar y se enterrasen, algun abono adquirido añadirían al campo; pero si se considera que son poco lozanas por lo general las yerbas, que no se entierran verdes como debieran, sino secas y con semilla que plaga para lo sucesivo los sembrados, y que si estaba estercolada la tierra, el estiércol que á las yerbas les quedó podrido y bien acondicionado valia mas el que ellas produzcan, resultará que nada se gana por este lado, y que mas bien se pierde.—Y en fin, bueno es que el aire impregne las tierras, que estas se meteoricen, ahuequen, y desmenucen; pero para lograrlo hay que removerlas, alzarlas, desterronarlas, y esponjarlas con el arado y la rastro: el dejarlas estar, lo que hace por el contrario, es apelmazarlas y endurecerlas.

Se nos objetará que la experiencia demuestra que un campo descansado da mejor producto: cierto, mas eso no depende del descanso, sino de

otra razon muy diferente que luego esplicaremos.

El segundo principio sirve de ilustracion al primero.

Por una parte es sabido que aunque todas las plantas tienen elementos comunes, los modifican al infinito en cuanto á las cantidades y género de accion, de donde resultan tan diversas apariencias. Y hay plantas que toman y asimilan á su sustancia materias que otras repugnan, como se infiere del diferente terreno y humedad que piden y del analisis químico de sus diversas partes. De aqui es que absorviendo la misma planta iguales materias y en igual cantidad un año que otro, pronto deja exhausta é improductiva la tierra, siendo así que otras plantas aprovecharian lo que aquella deja, y vegetarian lozanas donde ella crece desmedrada y mezquina.

Así, si las tierras de descanso no se labran, atrasan en vez de adelantar: si se labran algo se benefician, pero este beneficio puede dárseles igualmente desde que se levanta una cosecha hasta que se siembra la sucesiva, pues el espacio de tiempo es suficiente.

Por otra parte unas plantas tienen las raices someras, y de nada les sirven las materias nutritivas que existen mas abajo, al paso que otras plantas echan raices profundas, y recogerian perfectamente lo que las cereales por ejemplo, no pueden alcanzar.

Bien se ve que estas dos consideraciones tienen mucha fuerza en razon de economía, aun quando anualmente se estercolase el campo, pues siempre habria gran desperdicio. Pero hay otra muy superior y completamente decisiva. Está demostrado por los botánicos, entre ellos el célebre

De-Candolle, y admitido por los agricultores entendidos, que toda planta, no solamente chupa por sus raíces las sustancias nutritivas que estrahe de entre la tierra, sino que por sus poros y por órganos que tiene en las mismas raíces, espele y secreta un material peculiar que le contraría y daña, descartándose de él á la manera de lo que se experimenta en la economía animal. Ese material, despedido por una planta, repugna y perjudica á todas las de su especie y aun de su familia, al paso que á otras, lejos de hacerles mal, les sirve de alimento provechoso.

Este descubrimiento importantísimo esplica satisfactoriamente hechos que habian dado lugar á errores peligrosos. Así se concibe por que los árboles prosperan más, alternando en el plantio los de familia diferente, que siendo todos unos. Así se ve por que la siembra sucesiva y sin intermision de una misma planta, va haciendo desmerecer las cosechas, pues cada año deja con sus secreciones mas dañado el suelo. Así en fin se demuestra que si el año de descanso ó de barbecho es de alguna utilidad, consiste en que esas secreciones dañosas se descomponen en parte, y son absorbidas por las yerbas que allí se crian, quedando notablemente menos inficionado el campo para la siguiente siembra del grano acostumbrado.

He aqui la razon que arriba anunciamos del mayor producto que indudablemente da el campo descansando, cuando no se sale de la rutina de una misma simiente. Pero esta razon ne prueba en favor del descanso de las tierras, sino en favor de la variacion de las plantas que se cultiven. Si no se estercola, las secreciones que en el campo quedan de una cosecha, las absorve

y utiliza la nueva planta que se siembre, sirviéndole de abono: si se estercola alguna vez, los restos del estiércol no completamente estinguidos le sirven tambien, y si el campo se deja en barbecho, todo ello para quien aprovecha es para las yerbas, algunas utiles, para pasto, otras inútiles, y no pocas perjudiciales.

Creemos, pues, haber demostrado la certeza de los dos principios que sentamos como fundamentales de la agricultura moderna. La gran consecuencia que de ellos se saca es que no será buen agricultor el que no establezca en sus campos la alternativa de cosechas.

Y por si acaso á alguno pudiera quedarle la menor duda sobre el particular, concluiremos nuestra demostracion con otra observacion curiosa, que no dejará de causar efecto.—Sabido es que las plantas son atacadas, unas mas tarde y otras mas temprano, por diferentes insectos, y que muchas de ellas tienen sus enemigos peculiares que no se pegan á las otras. Pues bien: el trigo y demas cereales llegan al cabo de años á infestarse de insectos, que unos se dirijen á la espiga, y otros á la raiz, quedando siempre en el suelo bastantes huevecillos para que á pesar de las labores se reproduzcan al año siguiente y se perpetúen. Pero siémbrense plantas de otra familia, los insectos de las cereales no encuentran en ellas alimento acomodado, y forzosamente perecen de hambre.

Desde que estalló hace 50 años la revolucion de Francia ha crecido considerablemente su poblacion, y los productos de la agricultura han aumentado de un modo sorprendente. Y sin embargo el trigo que hoy se cosecha en aquel pais viene á ser el mismo que entonces: los millares, y acaso pudiéramos decir millones de agricultores, que

allí viven en la riqueza ó en un pasar muy decente, deben su suerte á la alternativa de cosechas, al cultivo de viñedos, de prados artificiales, de plantas leguminosas, de patatas, y á la cria de ganados.

Esto mismo aconsejamos á nuestros compatriotas; y no porque creamos que puede hacerse en un abrir y cerrar de ojos, sino porque para conseguir el fin es preciso poner los medios. Persuádanse de que hay mejoras que emprender, y poco á poco irán entrando en ellas, no con precipitacion, no con imprudencia, sino con reflexion, con cálculo, y por medio de ensayos; que no de otro modo es dado progresar al hombre.

La agricultura es esencialmente ciencia de localidades, y por eso cada uno ha de echar cuentas con su terreno, con sus medios, con los productos que puede prometerse diversificando los cultivos, y con la salida que hayan de tener en los mercados. Pero no olvide que necesita aplicarse y estudiar, que el no haberse hecho una cosa, no es razon para que nunca se intente, y que si al lado del aliciente del mejorar está el peligro del innovar, el hombre cuerdo y diligente halla el medio de proceder con cautela para no aventurar su fortuna, especialmente si considera que en todas cosas hay aprendizaje que sufrir y premio que alcanzar.

A la verdad hacen mucha falta entre nosotros la instruccion en el cultivador, la mejora en las castas de los animales, la perfeccion en los cultivos, y la facilidad en las comunicaciones. De esto puede y debe hacer mucho el estado, pero no es poco lo que le toca al labrador, y especialmente al gran propietario. La mayor parte de los increíbles progresos hechos en la ciencia agraria en Inglaterra, y de los que á imi-

tacion suya se hacen en Francia, proceden de que los ricos hacendados han puesto el mas particular esmero en estudiar el cultivo, y en llevar cada uno de sus puntos al mas alto grado de perfeccion que han podido.

Otra circunstancia ha influido poderosamente, y el espíritu de asociacion, que nunca dejaremos de encarecer; no aquel bastardo y nocivo con que los jornaleros de una de nuestras grandes ciudades fabricantes se han coligado para imponer aumentos caprichosos de salario, sin reparar que se cerrarán las fábricas y talleres, quedándose ellos mismos en la miseria; y que gritando *independencia nacional*, están arruinando nuestra industria con grande placer y risa de los extranjeros; sino el verdadero y útil, que une á los trabajadores para socorrerse y fomentarse mutuamente en sus necesidades, y á los hacendados y capitalistas para emprender de consuno obras, ensayos y mejoras, que para uno solo serian imposibles, y que entre muchos no duelen ni aun en caso de mal éxito, volviéndose tal vez á la carga con mejor aviso y experiencia. Las sociedades económicas han merecido bien del pais, y es mucho lo que aun debe esperarse de ellas; pero nosotros quisiéramos ver una asociacion de propietarios en cada capital de partido, en cada poblacion de alguna importancia, de tendencia mas bien práctica que especulativa, de celo, de teson y de verdadero patriotismo.

Es difícil llegar á determinar en cada localidad cuál es la alternativa de cosechas mas útil, y esto pide el concurso de muchas luces y consejo, porque se necesita atender á la naturaleza del terreno, y á la buena salida de los productos. El precepto que da la ciencia es que han de suceder á las plantas de raiz somera las que la tienen

honda ó fusiforme, y las intermedias. Y está también reconocida como regla de buena agricultura que todo propietario debe destinar á prados cultivados la mitad, ó al menos el tercio de su hacienda. Un campo dividido en fajas, unas sembradas antes, otras después unas con grano, otras con legumbres, otras con yerbas, y otras con patatas, dan buena idea de la inteligencia de quien lo cultiva. Cojiendo de muchos artículos, es casi imposible que todos se malogren en el año, y que todos tengan bajo precio en el mercado.

Bien prevemos que se nos objetará la incuria y la ignorancia de labradores y gañanes, y su repugnancia á adoptar innovaciones por más que con sus ojos las estén viendo en la hacienda vecina; mas por lo mismo nos dirigimos á los hombres que hacen autoridad con el ejemplo, persuadidos de que los amos son los que tienen en gran parte la culpa del mal trabajo y desidia de sus dependientes. Y las mejoras palpablemente útiles, por cierto que las vemos cundir y arraigarse con más ó menos perfección al compás de las necesidades: las patatas se han extendido por toda España en 20 años; los olivares, los viñedos ¿no se multiplican de día en día al estímulo del interés y de la comparación? Pues no hay que desanimarse ni desesperar de que vayan propagándose igualmente, aunque con lentitud, las buenas prácticas de la agricultura moderna, si todos contribuimos á ello, unos reuniéndose para ensayar, otros estudiando y anticipándose á aventurar parte de sus ahorros, otros en fin amonestando y dando sanos consejos hasta donde alcancen.

Las grandes haciendas se considerarán también como un obstáculo, así como la falta general de aguas: nosotros juzgamos enteramente al revés. Los

buenos instrumentos de agricultura en toda su extensión, de que apenas se tiene por acá noticia, pues si alguno se ha puesto á prueba, ha sido generalmente sin discernimiento, por no decir á tontas y á locas, salva alguna honrosa excepción, acrecientan el trabajo del hombre y los animales facilitando mejores y más extensas labores, y por consiguiente ayudan al desahogado cultivo de considerables porciones de terreno. Lo que piden las grandes haciendas es grande orden, mucha economía, y no menos inteligencia para sacar beneficio de ellas. La sequía es un inconveniente, pero se lucha con él, y si no se corrige del todo, hay modo de disminuir notablemente sus efectos, y eso es trabajando, y no abandonándose á la fatalidad, ó mas bien á la pereza.

El deterioro de las costumbres es otro de los pretextos para no aplicarse á intentar mejoras. Demasiado cierto es por desgracia que las gentes se han maleado á vueltas de tantas guerras y convulsiones, y que de las aldeas y los campos desapareció la hermosa candidéz con el flaquear de la sencilla fe de nuestros padres. El que esto escribe acaba casi de presenciar el hurto de no pocas rejas de arado y aperos en diferentes heredades á las faldas de la sierra de Guadalupe, sin que semejante ocurrencia haya ocasionado escándalo, hechos como están los vecinos á mayores vejaciones y atentados. Pero esta consideración milita en favor de las mejoras agrícolas: haciéndose más productivo el trabajo, podrá despertar la honrada ambición, el deseo de saber, y las esperanzas del peñajalero y el gañan, que aspirando á una suerte independiente algún día, tendrá en ello un elemento eficaz de moralización y amor al orden y á la justicia.

Concluiremos este artículo diciendo que las grandes verdades de las ciencias son unas para todos los países, si bien su aplicación, especialmente en agricultura, ha de modificarse con criterio y tino según las localidades; que las tierras bien trabajadas no necesitan descanso; que la alternativa ó rotación de cosechas es esencialísima; que la diversidad de cultivos constituye una especulación, y que sin prados no hay ganados, sin estos se carece de estiércol, y donde no se estercola no se recoge la tercera parte de lo que se podía. Máximas son estas que ya repetimos, y no será la última vez, porque tienen demasiada importancia para que las abandonemos á la fugaz impresión que pudieran causar en una sola lectura.

S. I.

SAFO

ELEGIA ANTIGUA.

(Traducción de Lamartine.)

Sobre playa fatal, que el sol naciente
Comenzaba á dorar, de pie se via
La miserable Safo y prosternadas
A su lado la vírgenes de Lesbos,
Sobre el mar inclinadas, contemplando
Las ondas en silencio. Entre sollozos
Así dijo la amante desdeñada:
» Roca de maldición, profundo abismo,
Terror no me inspiráis por causa vuestra
Su víctima perdida verá Venus.
Desconocí el amor y él me castiga.
Tus ondas para mí seran mas gratas
O piadoso Neptuno. Ves las flores,
Que coronan mi sien? Pues esta frente

Oprimida hace tiempo de pesares
Con las sagradas vendas hoy se muestra,
Ornada para el triste sacrificio
Como para una fiesta. Tus escollos
(Es fama, pero ó Dios! como creerlo?)
Que libran de un amor desesperado.
Dicen, que los que ilesos de allí salen
Olvidan su pasión. Sea el que quiera
Tu celeste poder, Dios de las aguas,
No conserves mi vida te suplico
Un olvido fugaz, vano remedio
De mis rudos martirios, en tus ondas
A buscar yo no vengo. Solo ansío
Del sepulcro la paz. Rey de los mares,
Acepta bondadosa mi holocausto.
Mas por qué tantos lloros y gemidos?
Cantad himnos, cantad, hijas de Lesbos.»

Recuerdos de dolor, por qué crueles
Me perseguís do quier? Entre los mirtos,
Que sombrean el templo de Ciprina,
Cual fiel sacerdotisa de la Diosa
Yo estaba con mi Lira celebrando
Su divino poder, cuando muy cerca
Del altar yo le ví. ¿Como es posible
Mi transporte pintar? El pecho mio
Ardió como un volcan: mi lengua helada
No pudo proseguir y de mi mano
Llena de agitación cayó la Lira.
A los ojos de Dafne la insensible
No se mostró tan bello el rubio Apolo,
Ni contempló Erigóné tan brillante
Al jóven Baco en triunfo conducido
Con el tirso en la mano y en la frente
El pámpano ostentando. Verle, amarle,
Amarle ay! con furor fué todo uno.
Haciendo ostentación de mi locura,
De sus lares en torno triste y sola
Vagaba sin cesar, á sus encantos
Impelida por fuerza irresistible.
¡Cuanto gustaba verle, mereciendo
En el gimnasio la atención de todos,
Cuando el disco lanzado con pujanza,
Era entre mil rivales aclamado
Por vencedor de los olimpios juegos!
¡Cuanto gustaba verle, un veloz potro
De los cefiros hijo, manejando
El primero lanzarse á la carrera,
Y tornar con su lauro á paso lento!
Cuan ufana veía yo sus triunfos!

¡Y porque de su frente humedecida
De abundante sudor limpiar el polvo
No podían mis manos! Por la gloria
De ser su hermana ó madre un solo instante,
Todo hasta mi belleza hubiera dado.
Y vosotras, celestes moradoras
Del Helicon, inútiles deidades,
Que nada en mi favor habeis podido,
Vosotras no ignorais, que en vuestra ciencia
Yo misma le instruí. Por él compuse
Esos divinos versos, que pasmada
A la Grecia dejaron. Esos versos,
Capaces de ablandar las mismas furias
Y que su duro pecho no ablandaron,
O Safo sin ventura. Al amor tuyo
Tan ingrato y cruel Faon ha sido.
Redoblad vuestros ayes y sollozos,
Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.»

Si á mis tiernos afanes, si á mi Lira,
Si á mis debiles gracias atraerle
Dado hubiera el destino; si su pecho
No hubiera sido bronce al llanto mio,
Ningun otro mortal gozado hubiera
Dias tan llenos de placer y gloria.
Qué realce mi amor no hubiera dado
A su vida feliz! Vida envidiada
Por los númenes mismos. El amante
De Safo, celebrado en todo el mundo
Hubiera sido entonces en mis versos
Inmortal cual un Dios. Por él yo hubiera
En tus aras quemado ó alma Venus,
Del sacrificio el perennal incienso.
Que ofrecidas en el templo de Cupido
No hubiera presentado á todas horas!
Qué votos dirigido por su vida
A la Pareja cruel todas las noches!
Cuantas veces mi cítara armoniosa
Hubiera repetido los acentos
Mas gratos á su oido! Á cien rivales
En los juegos de Jonia disputado
Hubiera yo las palmas del ingenio.
Y los laureles, prez de mis victorias,
Mas dulces á mi orgullo hubieran sido,
Por mi mano arrojados á sus plantas;
Al ver su orlada sien resplandeciendo
Con los brillantes rayos de mi gloria.»

«Cuantas veces, Faon, la altivez mia
En bajeza trocando, tus umbrales

A besar iba yo! Si el dulce nombre
De tierna esposa á rigor me niega,
Permite al menos (te decia humilde)
Permite al menos, mi adorado amante,
Sea Safo tu esclava y á tu lado
Y á tus órdenes viva. ¡Que me importan
De igeominia ú honor los vanos nombres,
Viviendo junto á tí, pudiendo verte,
Pudiendo merecerte una mirada
De compasion en mi postrer suspiro
Por premio á tanto amor! Mi seco débil,
Ni mis riesgos, Faon, no te acobarden.
Mi fortaleza igual á mi ternura
Será por el favor de Citerea.
Como apartarme nunca de tu lado!
Por la tierra, en el mar, en las batallas,
Contigo me tendras De Marte mismo
Afrontaré el furor por libertarte
De los golpes que amaguen tu existencia.
Siempre estaré dispuesta á interponerme
Entre la muerte y tu preciosa vida:
Porqué morir por él no he conseguido!»

«Cuando tras las fatigas de la guerra
En la tienda te halague el dulce sueño,
Ese sueño que yo nunca disfruto;
Yo velaré á tu lado, Faon mio;
Y si negros cuidados te despiertan,
Sabré yo adormecerlos hasta el alba,
Haciendo resonar infaligable
Mi tierno amor en mis doradas cuerdas.
=Asi decia yo, y el viento rauda
Se llevaba mis súplicas, que solo
Repetian los ecos: á mis ayes
Solos ellos responden al presente.
Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.»

«Tú, que fuiste otro tiempo mi ventura
Y mi gloria tambien, acorde lira,
Tú, que á Faon mil veces celebraste;
Hoy acreces mi pena con tus sonos,
Que recuerdan mi amor y mi ignominia
Y el nombre del cruel, que me abandona.
Instrumento fatal, hagante polvo
Mis manos sin piedad En los altares,
Ni en el atrio del templo de Ciprina
Ya no te colgaré. Airado el Cielo
Haga que tus fragmentos arrebatte
El proceloso mar, porque no quede
De mi acerbo dolor memoria alguna.

!Qué no pueda en las ondas irritadas
Sumergir así mismo mis cantares
Y mi funesta fama! ¡Qué no pueda
De la tierra borrar las huellas mías!
Qué no pueda en la tumba hasta mi nombre
Conmigo sepultar! Qué los escritos
Do vivirá Faon dando á las llamas,
Mi deshonor lavar sea imposible!

» No obstante, si los Dioses, que él ofende
Lo atragesen ahora hácia la playa;
Si á ese risco eminente se acercase,
Si en la roca fatal él viera á Safo,
Agitada, llorosa, destrenzada,
Lanzando lastimeros alaridos,
En su amor abrasada, perdonando
Su negra ingratitud en el momento
Que á la muerte se apresta la infelice:
De tan terrible escena conmovido
Quizá se arrepintiera de su duro
Y obstinado rigor. Quizá mi lloro
Lograra enternecerle, y me digera:
«Vive, mi dulce Safo, para amarme.»
Pero Cielos! qué digo? Lejos, lejos
Tal idea de mí. Acaso agitan
Negros remordimientos á su alma,
En lugar del amor. Tal vez los Dioses
En su culpable huida le inspiraron.
El tiembla, él se detiene, el apresura
Sus plantas hácia aquí para salvarme
De ese abismo sin fin. Ved, cual me llama.
Ya libertó su víctima. Qué escuchó?
Oís? oís? De Lesbos por la vía
Un lejano rumor ha resonado.
Conozco, sí, conozco los acentos
De su meliflua voz. Por el camino
Veo la polvareda, que se alza.
Compañeras mirad! No le estáis viendo
Por el cerro bajar, y hácia este lado
Sus brazos estender?::: Ay! cual me engaña
La falaz ilusión! Do quiera reina
El lúgubre silencio de la muerte.
El camino está mudo y solitario
Y el turbulento mar suena tan solo.
Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos »

Mas ya el sol colorando el cielo puro
Su curso precipita. Tú, que vienes
A alumbrar el postrero de mis dias,
Adios, adios por siempre. astro radiante.

El alba, mensajera de tu gloria
Ya no tornaré á ver. Mañana en triunfo
Del fondo de la mar, vertiendo luces
Volverás á salir, y de mi vida
El brillo débil muere para siempre!
Adios, paternos campos de mi alma,
Adios, Lesbos, mansion de Citera.
Adios, grata ribera, en que los Cielos
Alumbraron mi aurora. Templo augusto,
Donde fui consagrada en mi puericia
Por la mano materna al culto santo
De la Diosa de Pafos: sacro bosque,
Do las Musas mi cuna remeciendo,
Con célica ambrosía me criaron,
Recibid mi llorosa despedida
Ay! sus vanos favores, que la plebe
Mira tan envidiosa, no pudieron
Ni del amor librarte, pobre Safo,
Ni tu vida escudar contra el destino.
En lágrimas viviste, y hoy sucumbes
En la flor de tus dias; cual marchita
Se desprende la rosa antes de tiempo;
O cual fenece, amor desapiadado,
Al filo de la espada sacrosanta
El blanco recental, que cuando nace
Te consagró el pastor: víctima tierna
Con su sangre tus aras enrojece.»
«Y vosotras, amigas venturosas,
Que volveréis á ver al cruel jóven
Que adoro todavía; cuando encubra
Mis cenizas el túmulo sombrío,
Dadle mi adios postrero: si, decidle,
Que su nombre al morir sonó en mis labios.»
Dijo así la infeliz, y por la tarde
Las doncellas dejando el mar undoso,
Sin ella se volvian hácia Lesbos.

Gaspar Serrano.

Influjo del Cristianismo en la civili-
zacion.

ARTÍCULO 2.º

Para hacer ver el influjo que en la

civilización ejerció el cristianismo desde el momento mismo de aparecer sobre la tierra, hemos principiado á trazar en el artículo anterior un cuadro verídico del estado del mundo romano en los primeros tiempos de la Iglesia y de las costumbres entonces dominantes, para que al ir señalando una por una las transformaciones que produjo la doctrina del crucificado, pueda sondearse bien el abismo en que el género humano se hallaba sumergido. Volúmenes enteros se necesitarían para hacer mención de los males atroces que le afligían en la época á que nos referimos; pero en la imposibilidad de poder detenernos mucho en este punto, nos limitaremos á indicar ligeramente aquellos que por su gravedad merecen mas atraer la atención del hombre reflexivo. La providencia ha conservado los monumentos que puedan repetir al género humano lo que era y lo que aun sería sin el cristianismo: el capitolio que tantas veces vió los habitantes de cien naciones cargados de cadenas y en pos del carro del triunfador ser destinados al suplicio ó á la esclavitud; los anfiteatros donde el Romano se complacía viendo los hombres matarse unos á otros ó ser despedazados por las fieras; las inmensas y lóbregas cárceles donde se hacían á millares los infelices prisioneros, víctimas de la insaciable ambición romana, para ser degollados en el día del triunfo ó vendidos como vil ganado para el servicio de los benéficos señores del mundo; las naumaquias, los viveros para las fieras, las termas y tantos otros padrones de óprobio para el linaje humano, y señales del lujo mas escesivo, del mas desenfrenado libertinage y de la corrupción mas profunda. La lectura de los oradores, poetas é historiadores romanos

puede tambien darnos una idea de las costumbres que dominaban en la ciudad señora del mundo. Las infamias de que están llenos los escritos de Horacio Jubenal, Marcial y Petronio se decían y escribían públicamente, porque no se escondían para cometerlas. Se ven las mismas abominaciones en Suetonio y en los autores que describieron los dos siglos siguientes, y aun los Padres de la Iglesia se vieron obligados á hablar de ellas muy á las claras. La crueldad y la avaricia habían llegado á ser hábitos muy naturales á los Romanos. Por causas muy leves hacían padecer á los esclavos tormentos horribles. Los Gobernadores de las provincias practicaban con frecuencia grandes crueldades con los que no eran romanos, y los Emperadores quitaban la vida á quien querían sin formar proceso. Todo estaba lleno de engaños, perjurios, embustes, calumnias, violencias y opresion; y buena prueba de ello son las oraciones de Ciceron. Si Verres en tiempo de la república cometió tantas maldades en una sola provincia por espacio de tres años; ¿qué habían de hacer en los reinados de Calígula, Nerón, Domiciano, Caracalla, &c. los gobernadores que no temían ser acusados, y mas autorizándolos el ejemplo del príncipe?

Al lado de tantos vicios entre los sectarios de la idolatría, veamos algunos rasgos de las costumbres de los cristianos poco tiempo despues de principiada la predicación del Evangelio. Plinio el jóven, procónsul en la Bitinia y en el Ponto, pregunta al emperador Trajano lo que deberá hacerse con los cristianos, y entre los pasages notables de su carta se lee el siguiente: han asegurado (varios acusados despues de abjurar el cristianismo) que todo su error y su culpa se

reducia á estos puntos: que se reunian en un dia señalado antes de salir el sol y allí cantaban á coro ciertos himnos en alabanza de Jesucristo como si fuese Dios; que se obligaban con juramento, no para cometer un delito, y sí muy al contrario para no cometer ni robos ni adulterios; á no faltar jamas á sus promesas ni negar un depósito; que despues de esto ordinariamente se separaban y volvian á reunirse para comer juntos manjares inocentes; pero que se habían abstenido de hacerlo despues de mi edicto, por el cual, con arreglo á vuestras órdenes, había yo prohibido toda clase de reuniones y de asambleas. Todo esto, continúa, me ha hecho juzgar preciso arrancar la verdad por medio del tormento á algunos esclavos, que se me habían supuesto empleados en el ministerio de esto culto; pero solo he podido descubrir una mala supersticion llevada al extremo, y por esta razon he mandado suspenderlo todo esperando vuestras órdenes.

Así se espresaba un idólatra encargado por el Emperador de perseguir á los cristianos. Vease ahora la pintura que San Justino el filósofo hace de la vida de los fieles de aquellos tiempos en su primera Apología dedicada al Emperador Antonino. Se nos acusa, dice, de que turbamos la tranquilidad del estado, sin embargo de que uno de los principales dogmas de nuestra fé es que nada se oculta á los ojos de Dios, y que un dia nos juzgará severamente segun nuestras buenas ó malas obras. Pero ¡oh poderoso Emperador! Las mismas penas que nos imponéis solo sirven para afirmar-nos mas en nuestro culto, porque todas estas persecuciones nos las ha predicho nuestro Señor, hijo de Dios soberano, padre y señor del universo.

El dia del sol (el Domingo) todos los que viven en la ciudad y en el campo se juntan en un mismo lugar; se leen las Santas escrituras; despues un anciano (un sacerdote) exorta al pueblo á la imitacion de tan buenos ejemplos. Se levantan, vuelven á orar, se presenta agua, pan y vino; da gracias el prelado y responden *Amen* los asistentes. Despues se distribuye una parte de las cosas consagradas y los diaconos llevan lo restante á los ausentes. Se pide á todos, y los ricos dan lo que quieren. El prelado guarda estas limosnas para socorrer á las viudas, á los huérfanos, á los enfermos, á los encarcelados, á los pobres, á los extranjeros, y por último á todos los menesterosos de quienes con especialidad se halla el prelado encargado. El reunirnos el dia del sol, es porque Dios crió el mundo en semejante dia, y porque su Hijo resucitó en otro igual para confirmar á sus discípulos en la doctrina que acabamos de esponernos. Respetadla si os parece buena; si la juzgais digna de desprecio, desechadla; mas no sirva esto de motivo para que pongais en manos de los verdugos á unos hombres que no han hecho mal ninguno, porque nos atrevemos á decir, que no evitaremos el juicio de Dios si continuais en la injusticia. En cuanto á lo demas, cualquiera que sea nuestra suerte, hágase en toda la voluntad divina.

La apologia de Justino, dice Chateaubriand, hubo de sorprender la tierra, pues acababa de revelar una edad de oro en medio de la corrupcion, y de descubrir un pueblo nuevo en los subterranos de un antiguo imperio. Estas costumbres debieron parecer tanto mas bellas, cuanto no se parecian á las de aquellos hombres perfectos de la primera época del mundo tan

decantados por los poetas; pues estos se nos presentan siempre felices, al paso que los otros se nos muestran entre los encantos solos de la desgracia. No es bajo el ramaje de los bosques, ni en los céspedes de las fuentes donde la virtud se presenta con su mayor poder: preciso es mirarla en la obscuridad de las prisiones y entre arroyos de sangre y de lágrimas. ¡Ah! ¡cuán divina parece la religion cuando en lo profundo de un subterráneo, y en el silencio y la noche de los sepulcros, un sacerdote rodeado de peligros, celebra á la escasa luz de una lámpara y en presencia de un corto número de fieles los misterios de un Dios perseguido!

Juan Jimeno.

A UN SAUCE.

SONETO.

¡Sauce! Tu lloras sin hallar consuelo
y destilas el llanto del rocío
y siempre solitario y siempre frío
empapas con tus lágrimas el suelo.

Tu no encuentras soláz á tu desvelo
ni te placen las auras del estio,
y sufres el horror del hado impio
sumido en triste y eternal anhelo.

Tu indiferente escuchas los cantares
que te brindan los dulces ruseñores
en combinado y armonioso trino:::

Cargado yo tambien con mis pesares,

cual tú, Sauce, sucumbo á mis dolores,
llorando siempre mi fatal destino.

Ubaldo Pasarón.

EPIGRAMAS.

A UN CALVO.

Rafaelle di Fontana

vende, con mil reverencias
elixir, tintes, esencias
y pomada *Peruana*.

Un pomo compra D. Lucas,

pues muy cucas
algunas calvas le asoman.....

Y desde entonces le embroman
porque gasta dos pelucas.

La formacion de listas electorales.

Cumpliendo con su destino

en un dia de elecciones,

quiso, por varias razones,

un Alcalde obrar con tino.

Vamos, por abecedario,

Secretario,

á formar las listas, dijo;

—¡Andres Jorobado!— Fijo,

que tiene un *peso diario*.